

que les precedieron: «Apártate de nosotros, pues no queremos saber la ciencia de tus caminos.» (Job., cap. xxi, vers. 14.) Pero trabajarán en vano, porque Dios es inmenso, está en todas partes, y rodea al hombre á derecha é izquierda, por arriba, por abajo, por dentro y por fuera. «Dios es luz eterna, esplendorosa y penetrante, y no hay quien pueda librarse del calor y del resplandor de esta luz.» (Ps. xviii, vers. 7.) Oigamos por un momento al Profeta Rey, quien nos dice que es imposible huir de Dios, porque lo encontramos en todas partes. «Hé ahí, Señor, dice hablando con Él, que tú conoces todas las cosas, las nuevas y las antiguas; tú me formaste y pusiste tu mano sobre mí. ¿A dónde iré yo, huyendo de tu espíritu? ¿A dónde huiré yo de tu rostro? Si subiese al cielo, allí estás tú; si desciendo al abismo, allí te encuentro; si tomo alas y vuelo al extremo del mar, allí me echas mano y me aferra tu diestra. Entónces dije para mí: quizás las tinieblas me rodearán y me ocultarán; pero ví que ni las tinieblas son oscuras para tí, pues es lo mismo para tí la oscuridad que la luz.» (Salmo cxxxviii, versículos 5, 7, 8, 9, 10, 11 y 12.)

Claro está, pues, amados oyentes, que los esfuerzos del racionalismo para arrojar á Dios del mundo son inútiles: el racionalismo intentará evadirse de la ciencia de Dios, despreciándola y hollándola; pero será ésta la evasión del necio, que no sabiendo qué responder al sábio, se rie con estupidez y huye de él para no oír sus palabras; podrá evadirse del poder que ha dado á su Iglesia para que le enseñe y reprima toda ciencia que se infla y se levanta contra la ciencia divina (II Cor., cap. x, vers. 5); pero no podrá emanciparse del poder que Dios ejerce como Señor y como Juez; de ese poder que manda á las nubes que despidan rayos y centellas sobre las torres del orgullo humano; de ese poder que prescribe al cielo que abra sus cataratas, y á la tierra que broten las

fuentes torrenciales que contiene en sus entrañas; de ese poder que toca con la punta del dedo á las moles inmensas de los montes y las vuelve añicos; de ese poder que coloca un pendon en la cúspide de una montaña, y congrega á los pueblos para el gran día de su ira y sus venganzas contra los impíos; de ese poder que derroca imperios en un instante con la misma facilidad que si fueran la choza de un zagal ó el tugurio de un guardador de viñas ó de melonares.

No es, por tanto, muy difícil el examinar el por qué de esas guerras, de esos trastornos y de esas colisiones frecuentes en la sociedad, que se están viendo hoy con tanta frecuencia, y quizás con más frecuencia que en tiempos pasados. En todas las épocas del mundo ha existido la guerra contra Dios; pero el racionalismo, triunfante hoy en los consejos de la política, casi en todas partes se ha cubierto de coraza y se ha armado de piés á cabeza para combatir contra Dios, contra su Hijo, contra su Iglesia, contra la misma ley natural, contra los principios eternos de derecho y de justicia, hollando la ciencia de Dios, despreciándola y empeñándose en que ni siquiera se ha de pronunciar su nombre, ni se ha de registrar su Código eterno para fabricar leyes humanas, ni se ha de atender á otra ley y á otro derecho, sino á la fuerza, al número, al poder del oro, para gobernar al mundo, para engrandecerse, para formar imperios, para poseer lo propio y lo extraño; y hé ahí que Dios echa mano de su poder, cumpliendo su Hijo con lo que manda su Padre desde la eternidad, cuando le dice: *Tú gobernarás á las naciones con cetro de hierro, y las quebrarás como á pote de alfarero.* (Ps. ii, vers. 9.)

Esas revoluciones que afligen á los corazones rectos, esos levantamientos inesperados de hombres furiosos que enarbolan el pendon de la apostasía de Dios, del sacrilegio, de la rapiña, de la violacion, del robo, del plagio,

del pillaje, proclamado todo con rasgos de sangre, tienen el carácter que tuvieron siempre. Son el castigo de las iniquidades públicas de los grandes y de los pueblos; son el aviso que envía Dios á unos y otros para que lo teman y se retraigan de su vida criminal: envíales Dios una saeta fulgurante para que miren á la mano que la despide, y vean que el arco está tendido y el carcax repleto de dardos de fuego, que han de ser lanzados con fracaso, si no quieren reconocer el imperio de Dios y no doblan ante él su altiva frente.

¡Oh insensatez humana! ¡Oh ignorancia siempre permanente del hombre! Se está gritando por todas partes y se dice á voz de clarín que el mundo está tan ilustrado y tan civilizado, que ya no necesita la luz de la revelación para su gobierno. Entre tanto, yo veo, y vosotros los que me oís lo veis también, que la humanidad es hoy y será siempre un niño rebelde que no quiere aprender la lección de su maestro. Ved qué lecciones ha dado Dios al mundo en tiempos pasados, y no las han aprendido los mortales; ved las que ahora nos está dando, y no queremos aprenderlas. Hubo en tiempos pasados imperios colosales, los cuales fueron destruidos, uno tras otro, por haber todos ellos declarado la guerra á Dios. Cayó el imperio de Babilonia; cayó el que le sucedió, el de los asirios; cayó el de los persas; se arruinó el de Alejandro Magno; desapareció el de Julio César, el que había arropado al orbe con su manto y agarrándolo como águila con sus uñas de hierro. Cayeron todos, porque apostataron de Dios y no quisieron reconocer su eterna soberanía. ¿Han aprendido esa lección los hombres? ¿La ha aprendido esa ciencia altiva de los racionalistas, que en las peroratas populares aparentan que han estudiado toda la filosofía y las costumbres de griegos y romanos, y no han visto en el levantamiento y en la ruina de esos imperios la mano de Dios, que los derrocó por sus apostasías? Repito, pues,

que ni hay tanto progreso ni existe tanta ilustración en los hombres, que no quieren aprender la primera y la más importante lección de la filosofía de la historia.

Pero la mayor desgracia es que tampoco aprendemos las lecciones presentes, las de pura actualidad que Dios está dando á los hombres. Háse formado poco tiempo há un imperio, que como águila de inmensas alas intentaba abarcar el Oriente y el Occidente del mundo, y ejercía su influencia en los destinos de todos los pueblos, y tenía la pretensión de que todos humillasen su cerviz en su presencia. ¿Y dónde está ese imperio? Sepultáronlo con baldon sus propias legiones, que en número de trescientos mil soldados fueron conducidos con su señor al país extranjero á comer el negro pan del desterrado, y respirar en el estrecho horizonte que se concede á un prisionero. ¡Lección sublime, elocuente é instructiva para Monarcas y para pueblos! Una guerra sorda contra Dios, urdida con toda la astucia de una política anticristiana; convenciones rebozadas de la más repugnante hipocresía para preparar la depredación de la Iglesia y el cautiverio de su Cabeza visible; deserción de un cargo sagrado, cual era el de proteger á los sucesores del Vicario de Cristo, y entrega disimulada de un Soberano indefenso, á quien se dispensaba una protección aparente mientras se inoculaba en sus súbditos el espíritu de rebelión y de ódio á su autoridad temporal, tenía que ser el precedente de una de las humillaciones más innobles de que hay ejemplo en la historia, y la excavación paulatina de una tumba que encerrase en su seno á los tránsfugas de la verdad, de la justicia y del derecho.

Y bien, amados oyentes: la lección dura y ruinosa es de actualidad, está palpitando todavía; ¿y acaso la han aprendido los hombres? ¿No se formaba al mismo tiempo un imperio fundado en la rapacidad más degradante,

en el engaño y la superchería, en el sacrilegio y profanación del lugar santo, en los insultos á la Religión, en el despojo de la Iglesia, en el ataque á sus instituciones y en el bombardeo y demolición de las basílicas más venerables del mundo? ¿No se ha fundado otro imperio que constituye su unidad en la herejía, que se empeña en que Lutero sea inmortalizado con estatuas, en que el Vicario de Cristo continúe despojado y encarcelado? ¿No está ese imperio extendiendo su orgullosa influencia sobre las naciones católicas para que todas sigan encadenadas, ó degradadas, ó entregadas á oligarquías impías, y sea estable en ellas el desorden del racionalismo, de la revolución, de la usurpación, de la injusticia, de la iniquidad? ¿No sabemos que ese imperio está enviando á la nación católica, para conseguir sus fines inícuos, ministros del evangelio luterano, emisarios officiosos que proporcionen cuantos caudales se quiera para que triunfen la mentira, la tiranía y la anarquía? Esto es lo que está sucediendo en el período del lustro triste y desgarrador del corazón recto que estamos recorriendo.

Y pregunto yo: ¿han aprendido los hombres la lección que Dios nos ha dado hace tan poco tiempo? A mí me basta esto para proclamar, no la ilustración ni la civilización, ni mucho ménos la pretendida perfección de la sociedad moderna, sino la decadencia de la razón humana, el retroceso á los tiempos de la barbarie, la declinación de la ciencia, el progreso de la ignorancia y el encaminamiento hácia el paganismo. Hombres que se empeñan en hacer la guerra á Dios, cuando la historia les dice con sus catástrofes horribles que todos los que se la han declarado han perecido, y sin embargo siguen su marcha extraviada, no son ilustrados: hombres que prescinden de la ley de Dios para fundar imperios y monarquías, y quieren dar leyes á los pueblos, divorciándose de la ley eterna, de la justicia, del derecho, y apoyándose en legiones,

en fortalezas y en armas mortíferas, cuando la historia de Roma, de Grecia y de todo el orbe les dice que sus imperios se fundaron en eso mismo, y por eso fueron aniquilados, ni son sábios, ni son prudentes, ni son filósofos, ni son civilizados. Oid, amados oyentes; yo no soy profeta, pero me basta abrir los libros santos para anunciar el porvenir á esos imperios fundados en la rapiña y en el sacrilegio, y á los que intentan fortificarse fomentando el error, humillando al Vicario de Cristo, consolidando en países ajenos la injusticia por medio de sus tesoros.

Oid todavía; el Señor vive, y vive para siempre. ¿Y sabéis quién es ese Señor? El mismo que sumergió en las aguas del mar Rojo á un Rey insolente que dijo con altanería: *Yo no conozco á Dios* (*Exod.*, cap. v, vers. 2); el mismo que sepultó entre hirvientes remolinos al ejército de este mismo Rey, que había jurado no dejar vivo á un solo adorador de Dios, no quedando un solo soldado para contarle; el mismo que ensalzó á Nabucodonosor para que azotase y llastase á su pueblo, que se había olvidado de Él, y después lo castigó convirtiéndolo en bestia, para que aprendiese que de Dios nada más viene el reino y la autoridad (*Dan.*, cap. iv, vers. 22); el mismo que suscitó á Ciro para que exterminase á los hijos del impío Nabucodonosor, y después le hizo que él mismo cayese por sus pecados en manos de una mujer que le cortó la cabeza y la encerró en un odre de sangre; el mismo que envió á Jerusalem á Tito y Vespasiano para que exterminasen á los deicidas; el mismo que rompió las barreras de la Germania, para que los bárbaros cayesen sobre el coloso del imperio romano, y lo hiciesen añicos por haber hecho la guerra á Cristo por espacio de tres siglos; el mismo que envió á nuestra amada patria á los bárbaros del Africa, para que castigasen á Reyes impíos y abandonados, y á un pueblo disipado; el mismo

que á principios de esta centuria cogió á un hombre por la mano y le sirvió de vara de hierro para azotar á Reyes y pueblos que habian hecho la guerra al Vicario de Cristo, á la Religion y á los sacerdotes; y despues, habiéndose el mismo ministro de sus venganzas convertido en perseguidor de la Iglesia, en humillador de sus Obispos y en verdugo y carcelero del Papa, lo lanzó en su ira, haciéndole ir á parar á un peñon solitario, cerca de los salvajes del Africa. Ese es el Señor, que vive y reina para siempre, para quien «las naciones son como la gota que se desprende de un balde de agua, como el grano imperceptible de una balanza; para quien las islas del mar no son sino un globulillo de polvo. (Isa., cap. XL, vers. 15.)

Oida esta doctrina, bien comprendéis, mis amados oyentes, qué piadosa, qué justa y qué misericordiosa es la economía de Dios en enviar castigos á los hombres.

Cuando nos envia sus azotes, son éstos un castigo para los buenos y para los malos; pero hay una gran diferencia entre éstos y aquéllos, pues son para los primeros un aviso de amor, y para los segundos un signo de la ira extrema. «Contempla, dice el sábio Orígenes (Homil. 8, *super Exod.*), la misericordia, la piedad y la paciencia del Dios de bondad: cuando quiere tener misericordia, dice que se enoja y se indigna, como lo hacía cuando por medio de Jeremías (cap. VI) decia á Jerusalem estas palabras: «Serás castigada con azotes y con dolores, »para que mi alma no se aparte de tí.» Esto decia Orígenes, demostrando que la mayor desgracia y el mayor castigo que sobreviene al hombre es no tener aviso alguno del cielo, y dejarle que viva contento y satisfecho en medio de sus iniquidades. Oigamos lo que con tanta elegancia como verdad nos dice San Agustín sobre esta sagrada economía de Dios, para que sepamos el provecho que hemos de sacar de los males públicos y privados que tengamos que padecer.

Grandilocuo y admirable está el Santo en estas palabras: «Mucha misericordia es, dice, el no dejar impune la iniquidad, pues para no verse obligado á castigar en el infierno, envia Dios azotes en este mundo. ¿Quieres saber cuán grande pena es no tener ninguna pena? Pregúntaselo á David, que dice en el salmo IX: El pecador irritó al Señor. ¿Y por qué? ¿Qué has visto? He visto al pecador entregado á los excesos impunemente, y dije: El pecador ha irritado al Señor. ¿Y por qué dijiste esto? Ahí lo tienes; porque Dios en su ira no buscará al pecador.» (Aug., Serm. 37, *De Verb. Dom.*) ¡Pues qué! ¿No conoce él la índole del pecador obstinado? ¿No sabe que es tiempo perdido para el pecador el que se emplea en tener misericordia del hombre orgulloso, empedernido en la maldad? El mismo Señor nos lo dice por Isaías: «Tengamos piedad del impío, y ni aún así aprenderá á ser justo.» *Misereamur impio, et non discet justitiam.* (Is., cap. XXVI, vers. 10.)

Dos cosas, pues, se desprenden de lo que acabo de decir, y de su confrontacion con lo que ha sucedido, por desgracia, en nuestra amada pátria. Compréndese que tenemos parte en las apostasías, que hemos hecho alianza con la iniquidad, y que hemos dado la mano de amigo á los que por medio de instituciones impías se empeñan en eliminar á Dios del comercio de los hombres. ¡Ah! ¡Pluguiese al cielo que no se nos pudieran aplicar aquellas palabras de Isaías: *La tierra está inficionada por sus habitantes, porque han traspasado la ley, han mudado el derecho y destrozado el pacto sempiterno!* (Is., cap. XXIV, vers. 5.) ¡Y plegue al cielo que no caiga sobre nosotros la maldicion más terrible para un pueblo, la maldicion que cayó sobre Egipto por haber admitido en su seno todas las idolatrías. ¿Y sabéis cuál es ésta, amados míos? Pues oid y temblad. «Yo haré, decia el Señor por el mismo Profeta, que se levanten los egipcios unos contra

otros; y peleará el hombre contra su hermano y contra su amigo, una ciudad contra otra, un reino contra otro.» (Is., cap. XIX, vers. 2.) «Se volvieron necios los príncipes de Tanais, se debilitaron los grandes de Menfis, y engañaron á Egipto.» (Id., vers. 13.) «El Señor arrojó en medio de ellos el espíritu de vértigo, é hicieron que errase el pueblo, como yerra el ébrio que tambalea y arroja lo que ha bebido. Y no se hará en Egipto obra que tenga piés ni cabeza, ni habrá quien obedezca ni quien mande.» (Idem, versículos 14 y 15.)

Pero nosotros tenemos fé y esperamos que no nos han de sobrevenir estos males, pues de esos mismos excesos que algunos hombres han cometido en su embriaguez revolucionaria, deducimos que Dios nos ha de mirar con misericordia. Porque, entendámoslo bien: el haberse presentado una muchedumbre desenfrenada á las puertas de una ciudad pacífica, llevando una bandera levantada contra Dios, contra el pudor, contra la familia y contra la propiedad, es un signo de que hay en nuestro pueblo quienes han aceptado las doctrinas de ese racionalismo impío que quiere divorciar á la sociedad de la ley divina; el haber profanado los templos, y arrastrado las imágenes, y contaminado las aras sagradas, es un signo de que Dios está enojado contra nosotros; pero el haberse disipado las turbas por la fuerza de la autoridad, no pudiendo continuar su obra de sacrilegio y de rapiña, es también un signo de que Dios nos mira con misericordia, pues nos ha mostrado una de sus saetas, para que temamos que no nos dispare las otras. *Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus: ut liberentur dilecti tui.*

En suma: ¿qué es lo que nos ha querido decir el Señor en ese levantamiento redundante en sangre, en depredaciones y en injusticias? «Oye, pueblo mio, nos dice: tú has abandonado las doctrinas saludables que te enseña-

ron tus padres; tú das oídos á los herejes, enemigos míos, que vienen á quitarte mi fé y á romper tu unidad católica; tú estás marchando por las huellas del racionalismo altivo y petulante que no cuenta con mi ley para dirigir á la muchedumbre, morigerar la familia y ordenar la sociedad: tú has destruido mis templos, perseguido á mis sacerdotes, de quienes tengo yo dicho que quien los toca á ellos toca las niñas de mis ojos (Zach., cap. II, vers. 8); pues mira que yo permito estas conmociones para que entren los pecadores dentro de sí y vuelvan á su corazón. Esto no es más que unas cuantas gotas de mi ira; pero siendo yo quien digo al Océano que quiebre sus olas en la débil arena, yo puedo levantar sus cerrojos y sus candados, y puede absorberte un mar tempestuoso de desgracias; yo puedo abrir las cataratas del cielo, cubrir la tierra de densas nubes que despidan rayos como gotas de agua, y dar una lanzada á los montes elevados para que broten los torrentes del abismo y caiga sobre tí el diluvio.» *Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus: ut liberentur dilecti tui.*

Comprended esto cuantos habeis venido á este sagrado recinto á desagaviar al Señor por los atentados cometidos contra su templo y sus altares; compréndanlo todos, pues á todos pueden alcanzar los azotes de Dios, y llenos de dolor por haber contribuido todos con nuestros pecados á irritar la indignación divina, digamos con el santo Profeta Baruch: «Señor, hemos pecado, hemos obrado inícuamente, hemos cometido iniquidades. Apártese tu ira de nosotros; oye, ¡oh Señor Dios nuestro! nuestras preces y nuestras oraciones, para que sepa toda la tierra que tú eres nuestro Dios.» (Baruch., cap. II, versículos 12 y siguientes.) «Ayúdanos, ¡oh Señor! que eres nuestro Salvador, y por la gloria de tu nombre líbranos, ¡oh Señor! y sed propicio á nuestros pecados por tu mismo nombre.» (Ps. LXXVIII, vers. 9.)

En este día de compuncion, de oblacion, de sacrificio y de lágrimas, volvamos nuestros ojos á la Madre de Dios, á esa Madre que no vivió sino para amar, ni vive ahora en el cielo sino rogando á su Hijo por nosotros, y digámosla con lágrimas que ya es tiempo de que su Hijo arroje al fuego la vara de sus rigores; que ya es tiempo de que se levante, para que confunda á los enemigos de su Iglesia y libre á su Vicario de las manos de sus perseguidores, y de que en su misericordia nos devuelva la paz que tenemos perdida y el esplendor de su Iglesia, la tranquilidad á sus ministros y la bienandanza á todos.

Y puesto que nos hallamos en el templo dedicado á Dios, y para dar culto santo á los restos sagrados del Patron de Madrid y de las Españas, roguemos al Señor, por la mediacion de este Santo Labrador, que pida á Dios por nuestra paz, así como sin duda le ha rogado para que nos diera abundantes mieses. Hé ahí lo que llama mi atencion para comprender lo mucho que Dios ama á España: están amenazándonos males de suma gravedad; quizás tenemos que llorar mucho; pero el Señor es tan benigno, que no quiere que entre tantas desventuras veamos al niño tierno pidiendo pan y no se lo podamos dar. Esto, por tanto, debe consolarnos, animar nuestra fé, avivar nuestra esperanza, creyendo que ha de venir un día en el cual podamos cantar con David, y decir al Señor: «Nos hemos alegrado, ¡oh Señor! por los días en que nos humillaste, por los años en que no vimos sino males.» (Ps. LXXXIX, vers. 15.) Esta dicha os auguro, mis amados oyentes, y os la deseo de todo mi corazón, y mucho más la que tiene Dios reservada en el cielo para los que le aman. Así sea.

ÍNDICE.

	Págs.
Sermon moral sobre el modo de oír la palabra de Dios. (Para la dominica de Sexagésima.).....	1
Sermon moral. La fé en Jesucristo es necesaria para salvarse....	15
Sermon moral sobre la necesidad de la Religion en el hombre y en la sociedad.....	39
Sermon moral. Dios da la fé á los hombres para que vivan segun ella, y se la quita cuando no corresponde á sus luces. (Para el viérnes de la segunda semana de Cuaresma.).....	61
Sermon moral.—El desprecio de la gracia es la causa del endurecimiento del corazón. (Para el domingo IX despues de Pentecostés.....	89
Sermon dogmático sobre la existencia de la vida futura.....	105
Sermon moral sobre que no consiste la dicha del hombre en los honores terrenos.....	121
Sermon moral sobre que no consiste la dicha del hombre en los placeres.....	139
Sermon moral sobre los que constituyen la dicha en las riquezas.....	157
Sermon moral sobre que la felicidad del hombre está en el cumplimiento de la ley de Dios.....	175
Sermon sobre la indiferencia en Religion como injuriosa á Dios. (Para el domingo segundo de Cuaresma.).....	193
Sermon moral sobre la indiferencia en Religion, como funesta al individuo. (Para el domingo tercero de Cuaresma.).....	213
Sermon moral sobre la indiferencia religiosa como funesta á la sociedad.....	231
Sermon moral sobre la muerte.....	253
Sermon moral sobre la predestinacion. (Segundo de Sexagésima.)	279
Sermon moral sobre el corto número de escogidos. (Tercero de Sexagésima.).....	299